

SEGUNDO PANEGÍRICO DE LA NATIVIDAD DE MARÍA

(predicado en la iglesia de San Ignacio de Bogotá, 1896, en la fiesta de las Hijas de María).

María, la Reina de las gracias.

Quæ est ista, quæ progreditur... pulchra ut luna, electa ut sol?

Cant. 6, 9.

1. Uno de los días más risueños que ha visto el mundo fué sin duda, hermanos míos, aquel en que la dichosa Isabel, esposa de Zacarías, dió á luz al glorioso Bautista, á cuyo nacimiento, acompañado de visibles prodigios, siguió inmensa y universal alegría en los contornos de Judea. Atónitos á la nueva de aquel maravilloso suceso preguntábanse todos: *¿Quién piensas que será este niño? pues la mano de Dios está con él*¹. Ese día venturoso señalado en los fastos de la historia con el advenimiento de Juan, el Precursor del Mesías, es todavía, al cabo de diecinueve siglos, motivo de regocijo en toda la tierra que alumbrada y bañada por el sol del cristianismo. Empero, amados oyentes, ¿qué comparación puede haber entre la natividad de Juan y la natividad de María, Madre de aquel Salvador, de quien el santo Bautista no se creyó digno de llamarse siervo? ¿Cuál no debió ser, según esto, la alegría causada por el faustísimo alumbramiento de Ana, esposa de Joaquín, no ya sólo en la tierra, sino en las regiones celestiales y hasta en las esferas donde habita la adorable Trinidad? En efecto, como canta con sagrado entusiasmo la Iglesia, «tu Natividad, ¡oh Virgen Madre de Dios!

¹ Luc. 1, 57 sqq.

fué mensajera de gozo para todo el universo, pues de ti nació el Sol de Justicia, Cristo Dios nuestro»¹. Al aparecer María radiante de gracia y hermosura, alegróse la tierra y regocijóse el cielo. No fueron ya los vecinos de Nazaret, sino los ángeles los que, en medio de su admiración y deslumbrados por la belleza del nuevo astro, preguntábanse unos á otros: *Quæ est ista?*² ¿Quién es esta niña que aparece como rosada aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol y terrible como escuadrón bien ordenado en batalla?

2. Y ¿no seréis vosotras, Hijas de la Inmaculada Concepción de Lourdes, quienes, más que cualesquiera otros fieles, participaréis de la alegría universal causada por la aparición primera de nuestra querida Madre? La que hace treinta y ocho años se dejó ver de una humilde pastorcita de las orillas del Gave, en las faldas de los Pirineos franceses, es la misma que aparece hoy, recién nacida, en Nazaret, diciendo en la hermosura y encantos de su lindo rostro: *Yo soy la concebida sin pecado*³. No pudiera nacer tan bella si no hubiese sido concebida en la plenitud de la gracia, si no fuese ella misma «la Inmaculada Concepción». Por eso vosotras que os agrupáis fervorosas al pie de la gruta de Lourdes, Hijas de la Inmaculada Virgen, venís hoy á rodear la cuna nobilísima de la más preciosa y excelsa Reina que vieron los siglos, venís á festejar el día de su natividad gloriosa. Y yo, con el designio de alimentar vuestra piedad y acrecentar, si cabe, vuestra devoción, voy á mostraros en esa incomparable niña, el trasunto

¹ Eccl. in offic. Nativ. B. M. V.

² Cant. 6, 9.

³ «Je suis l'Immaculée Conception.»

de todos los primores de que es capaz una mujer marcada desde *ab æterno* con el sello de la bendición del Criador: *Benedicta tu in mulieribus*¹: voy á pintaros 1.º la belleza física y 2.º la belleza moral de la Reina de las gracias, invitándoos desde luego á saludarla, para obtener los auxilios del cielo, con el apóstrofe del Arcángel que la aclamó llena de gracia: *Ave María*.

I.

3. ¿Á qué fin, se me dirá por alguno, tomar por tema del panegírico de la recién nacida María su belleza, y menos su belleza física? ¿No hay conceptos más elevados y por ende más gloriosos para celebrar el fausto natalicio de aquella singular criatura, en cuya formación la naturaleza y la gracia de consuno agotaron sus tesoros, de aquella cuyo advenimiento al mundo había sido vaticinado con tantos siglos de anticipación por los oráculos sagrados del judaísmo y de la gentilidad, de aquella, en fin, que apareció en la tierra como aurora sonrosada y fresca del gran día de la redención, como la madre del que vino á cambiar la faz del universo, reconciliando la tierra con el cielo? En efecto, dice el Padre San Bernardo, doce estrellas adornan la frente de la soberana Reina, ó, para hablar más propiamente, doce estrellas reciben su brillo del resplandor de la frente de la Virgen: innumerables títulos se reúnen en el nacimiento de María, como luceros en el espacio, por los cuales pudiera discurrir el pensamiento para glorificar á la hija de Joaquín: nacida de reyes, hija de David, descendiente de Abrahán, privilegiada con prerrogativas de santidad incomparable, prometida á

¹ Luc. I, 42.

los patriarcas, anunciada por los profetas, designada en cien figuras bíblicas¹... ¡qué títulos más brillantes para basar sobre cualquiera de ellos el elogio de la Virgen de Nazaret! Sea enhorabuena, como que todo eso es la verdad; permítaseme, empero, presentar á las Hijas de María, para quienes la hermosura tiene tan subido precio y tan poderosos atractivos, el tosco bosquejo de la bellísima criatura, en cuyo loor fué dictado por el Espíritu Santo un poema entero, cuajado de imágenes de aquella belleza que cautiva el corazón del mismo Dios, un poema en el cual hemos aprendido á repetir delante de María: *Tota pulchra es, et macula non est in te*². Desechemos, pues, todo vano temor, al entrar por el asunto de la hermosura de la Virgen, no menos edificante que ameno y deleitoso para las almas cristianas.

4. Y primeramente discurramos sobre su belleza corporal. Aunque la ínfima en este género, bien entendida la belleza en su genuino concepto, la hermosura de los cuerpos no es prenda despreciable desde luego que es obra del Criador, y como un destello de su infinita hermosura. Aquel Dios que quiso que las criaturas que forman el mundo material fuesen buenas³, quiso también que fuesen bellas; porque sin esto ni serían perfectas, ni podrían elevarnos á la contemplación del ser infinito en perfección. Lo bueno es lo que da hartura á la voluntad que apetece aquello que le conviene para ser feliz: lo bello es lo que satisface al alma con sólo su contemplación, no porque sea conforme á la realidad, que esto constituye lo verdadero, sino porque es conforme á la ley de la armonía, porque es el

¹ S. Bern., Serm. in Apoc. cap. 12.

² Cant. 4, 7 et passim. ³ Gen. I, 31.

vivo resplandor del orden¹. Es, pues, la belleza un elemento integrante de la perfección. De aquí nace el poder y el destino natural de la belleza, aún de los cuerpos, que consiste en elevar nuestra mente y arrebatarnos nuestro corazón á las regiones superiores, llamadas *del ideal*, que no son otras sino las que habita el mismo Dios, océano de hermosura, como de bondad y santidad, Verdad suma, Bien inconmutable, Belleza sin límites: *Pulchritudo semper antiqua et semper nova*². Mas ¿por qué no siempre produce en nosotros esos felices resultados la belleza física, especialmente la que adorna el cuerpo humano, la más aventajada sin duda entre todas las de su clase, por confesión del gran Crisóstomo? Eso, amados oyentes, no es culpa de la belleza misma, sino efecto de nuestra degradación y malicia. ¡Lástima ciertamente, y grande, que aquello mismo que por su naturaleza debiera elevarnos y santificarnos, sea, por culpa nuestra, ocasión de ruina y motivo de escándalo!³ Sé muy bien cuánto se abusa de la belleza de las formas por las personas, máxime del bello sexo, que no sé si feliz ó desgraciadamente la poseen, tomándola por escabel del trono de su vanidad ó por dardo para encender llamas funestas en el corazón de los incautos. No desconozco cuán peligroso sea este don de la belleza, como lo son también la riqueza, la libertad, el ingenio y tantos otros, ni á cuantos haya causado hondas heridas en el alma por causa del imperio que en ellos ejerce la sensualidad; mas no por

¹ Bonum est appetibile, pulchrum est cuius ipsa contemplatio placet, splendor ordinis (*S. Thom.*).

² *S. August.*, Confess.

³ Virginem ne conspicias, ne forte scandalizeris in decore illius (*Eccli.* 9, 5).

esto habré de negar que la hermosura, celebrada por el Espíritu Santo, en tantas mujeres ilustres del Antiguo Testamento, sea una dádiva del cielo, destinada á completar la belleza total del ser humano, la cual resulta de una alma bella unida á un cuerpo hermoso. Por eso no dudo tampoco que María fuese la más bella entre todas las hijas de Eva: *pulcherrima mulierum*¹, como expresamente canta el divino epitalamio.

5. Tal ha sido la opinión de los Padres y doctores de la Iglesia: «Todos ellos concuerdan á porfía, dice un célebre escritor moderno², en la extremada hermosura de la Virgen. San Dionisio Areopagita, cuyo testimonio es del mayor peso, pues vió con sus propios ojos á la divina María, nos asegura que era hermosa hasta deslumbrar, y que la habría adorado como á diosa, si la fe no le dijera que no hay más que un solo Dios.» San Epifanio, autor del siglo cuarto de la Iglesia, se ha complacido en trazarnos el retrato de María, apoyado en las tradiciones frescas todavía en aquel tiempo. Según esa pintura que debe tenerse por auténtica, la belleza de aquel rostro graciosamente ovalado era perfecta: su tez, como la de la Sulamitis, ligeramente dorada por el sol de su patria³, lucía el rico matiz de las espigas en sazón; sus cabellos, aquellos cabellos que llagaron el corazón del celestial esposo⁴, eran blondos, rubios y poblados; sus ojos vivos y de mirar dulcísimo, sus cejas lindamente arqueadas, su nariz de una perfección notable, sus labios sonrosados...⁵ De su cuerpo virginal se exhalaba fragancia de paraíso⁶.

¹ Cant. 5, 17.

² *Orsini*, Hist. de la Virgen t. I, lib. 5.

³ Cant. 1, 4.

⁴ *Ibid.* 9, 4.

⁵ *Orsini* l. c.

⁶ Emissiones tuæ paradisus.

Mas ¿quién es capaz de describir aquel mar de perfecciones que el Espíritu Santo se ha recreado en retratar con los más vivos colores en el sagrado libro del Cantar de los cantares, concluyendo á cada nuevo toque con aquella exclamación admirativa: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!*? No hay duda, el cuerpo de la Virgen sin mancilla era digno tabernáculo de aquella alma, la más noble y pura que existió jamás fuera del alma de Jesús; era lo que debía ser, como ha dicho San Ambrosio, un velo transparente que permitiese ver todas las perfecciones de su espíritu¹. La belleza física de María no era sino un reflejo, débil ciertamente, de su belleza moral, así como el fulgor apacible de la luna no es más que el reflejo de la luz del sol. Y no porque la hermosura del cuerpo inmortal é incorruptible de aquella Virgen que no había de ser presa de la muerte, fuese, como la de las otras mujeres, caduca y deleznable, flor de un día, fábula del tiempo y tributo afrentoso del sepulcro, sino porque la ley de unidad del compuesto humano exige la armonía de una y otra substancia, siendo el cuerpo para el alma y ésta para el cuerpo, embelleciéndose recíprocamente en la obra maestra de la naturaleza.

6. Por lo demás, hermanos míos, ¡qué adecuada comparación la que encierran estas palabras: *pulchra ut luna!* ¡Qué hermosura la de este astro cuando brilla sereno y majestuoso en la mitad del cielo, eclipsando la luz del ejército de las estrellas! Con razón la han cantado no sólo los profanos sino también los sagrados vates, entre ellos el Profeta Rey, que contemplaba extático *los cielos del Señor*, y en medio de ellos *la luna*

¹ Apud Orsini l. c.

*y las estrellas*¹ que puso allí el Criador como testigos fieles de su poderío y grandeza². Mas, aparte de su belleza encantadora, tiene la luna el gran defecto de ser esencialmente mudable, creciendo y decreciendo á cada instante, lo cual nos explica el porqué de aquellas otras palabras pintorescas del Apocalipsis: *La luna estaba debajo de sus pies*³. ¿Qué significa este rasgo, amados oyentes, sino el desprecio con que María, rica en bellezas superiores, contempla la belleza de su cuerpo, por más admirable que en sí sea; y el desdén con que deben mirar la frágil y perecedera belleza corporal las almas elevadas, y entre ellas sus hijas predilectas? Poned, sí, ¡oh jóvenes cristianas! la efímera belleza de las formas corporales debajo de los pies de vuestra estimación y aprecio, que no otra cosa se merecen esas prendas que, no ya la muerte, sino el tiempo y la enfermedad van á arrebatáros sin remedio y á todo correr.... Y vosotros los ciegos y atolondrados adoradores de la belleza física, ponédla también debajo de los pies, como María á la luna, de suerte que sea la última en vuestra estimación, debiendo ser la primera la hermosura del alma ataviada con precioso arreo de virtudes. Pero ¡ay! ¡cuán opuestos son á esta doctrina, y de consiguiente, cuán errados los juicios del mundo y de los que siguen sus máximas vanas y sensuales!

7. Admiremos finalmente un privilegio singular y dignísimo de la celestial Señora, relativo á su belleza corporal. ¡Oh! ¡si á todos los favorecidos con tan peligroso don les fuera igualmente concedido, el mundo se tornaría un paraíso! Esa prerrogativa insigne, atestiguada por gravísimos padres y doctores de la Iglesia,

¹ Ps. 8, 4.

² Ps. 88, 38.

³ Apoc. 12, 1.

entre ellos San Ambrosio, Santo Tomás y San Buenaventura¹, no fué otra que la de haber poseído la belleza del rostro de la Virgen tan sobrenatural virtud que, no sólo extinguió en cuantos la miraban toda inclinación sensual, sino antes incitaba al amor de la virtud angélica, purificando cuerpo y mente de sus dichosos admiradores. He aquí cómo se expresa, de acuerdo con los Padres ya citados, el célebre canciller de París Juan Gersón²: «Afirmo que el rostro de la Virgen movía á toda castidad á los que la veían, y amortiguaba completamente los libidinosos pensamientos.» Por esto se compara María al cedro incorruptible³ y á la mirra escogida y olorosa⁴, por cuanto su misma corporal hermosura era el mejor preservativo de corrupción moral. ¡Privilegio sobre manera admirable! ¡Pluguiese á Dios que la sola vista de su agraciada imagen nos hiciese tan puros y castos como esos graciosos angelitos que le sirven de escabel! ¡Pluguiese á Dios, que entre tantas espinas de bellezas que punzan el corazón y le desgarran, fuese el rostro de María lirio que perfumase nuestras almas con su divina fragancia, cumpliéndose así aquellas sagradas palabras: *¡Como el lirio, entre las espinas, así mi amada entre las hijas!*⁵

II.

8. Por lo expuesto, amadísimos oyentes, comprenderéis que la hermosura corporal de nuestra Reina dimanaba de muy alto origen, procediendo del fondo de su bellísima alma, no de otra suerte que el candor de

¹ Apud *Cartagena*, Hom. cathol. lib. 2, hom. 5.

² Serm. De concept. Virg. ³ Quasi cedrus (Eccli. 24).

⁴ Quasi myrrha electa (ibid.). ⁵ Cant. 2, 2.

la luna se deriva de la luz solar. Por eso los ángeles que rodean la cuna de María, no contentos con aclamarla *bella como la luna*, celébranla como *escogida y hermosa como el sol*¹. Bella es la concha, relicario de nácar construído por Dios para guardar la perla; pero ¿no es la perla más preciosa que la concha?² El alma de la Virgen, según San Epifanio y el común de los Padres, era una margarita de precio inestimable, así por las prendas de que la había dotado la naturaleza, como, y más todavía, por las virtudes sobrenaturales y divinas de que la adornara la gracia. Reinaba en todas sus acciones un sumo decoro, llaneza y compostura; era afable, cortés y compasiva; generosa para dar, presta para escuchar á los mayores, y parca y prudente en el hablar; su voz era dulce, penetrante y bañada de tal unción que calmaba las penas interiores. Jamás la mentira manchó sus labios de coral; jamás el orgullo ni la sensualidad empañaron su immaculado corazón. Ni sus ojos percibieron ni sus oídos oyeron en toda su vida cosa que pudiera sonrojar sus mejillas; porque sus sentidos, cerrados á todo lo terreno, andaban siempre de acuerdo con el espíritu, puestos al servicio de su Dios, á quien ni aun en la quietud del sueño perdió jamás de vista³. Nunca se la vió perturbada por la cólera ni por afecto alguno menos ordenado, porque su modestia era un encanto del cielo y de la tierra; ni ofendió jamás á nadie, ni hizo burla de ninguno aquella alma siempre magnánima y generosa. Enemiga de ostentación y fausto, fué sencilla y humilde en su ademán y en su traje, no adornado de

¹ Electa ut sol (Cant. 2, 2). ² Orsini l. c.

³ Ego dormio et cor meum vigilat (Cant. 5, 2).

colores peregrinos. En suma, brillaba, dice San Jerónimo, como el diamante en medio de las piedras preciosas; y los ancianos, encanecidos en el ministerio sacerdotal, no pasaban junto á aquella santa Niña sin colmarla de bendiciones, presintiendo en ella á la *Benedita entre todas las mujeres*¹.

9. ¿Comprendéis ahora, Hijas de la Inmaculada, la exactitud del símil: *escogida como el sol*? No puede ser más adecuado; porque, así como el rey de los astros sube por el oriente derramando raudales de claridad sobre la tierra, así María, nacida de sangre real, brilla desde su nacimiento con magníficos fulgores de santidad que alumbran y regocijan á todos los descendientes de Adán. No sólo esto, sino que, como el sol es el mejor ornamento del universo, así María es, entre todas las puras criaturas, el más bello ornato de la Ciudad de Dios, pues de ella parecen escritas aquellas palabras del Sabio: *Como el sol nace para iluminar el mundo en las alturas del cielo, así la hermosura de la mujer virtuosa es el ornamento de su casa*². Pero hay más todavía; pues, así como el astro rey sobrepuja inmensamente á todos los planetas en magnitud, claridad y belleza, así la nacida para Madre de Dios excede tanto en santidad y riqueza de gracias y carismas á todos los santos, que dice el Doctor San Anselmo, y dícelo sin exageración: «Nada hay, Señora, que te iguale, nada que se te pueda comparar; porque todo cuanto existe, ó está sobre ti ó debajo de ti: sobre ti solo Dios, debajo de ti, lo que no es Dios.»³ Y, comentando esta sentencia, dice un piadoso y sólido compilador de

¹ Niceph. lib. 2, cap. 23, apud Cartagena ubi supra. — Orsini l. c.

² Eccli. 26, 21. ³ Apud Cartagena l. c.

las grandezas de la soberana Virgen: «Sobre María no hay más que las tres divinas Personas; debajo de ella las tres jerarquías superiores de los ángeles, las cuales aventajan á todas las demás criaturas, resultando así que la Bienaventurada Virgen ocupa un lugar medio entre Dios y los ángeles, menor que el ser infinito, pero superior á todo lo criado.»¹ Y, como de arriba descenden las benéficas influencias á los seres inferiores, por eso María, á semejanza del astro que difunde generosamente su luz y sus influjos en todos los vivientes, derrama, con liberalidad propia de su regia munificencia, abundantísima copia de bienes y gracias sobre todos los seres inteligentes, angélicos y humanos: *nec est qui se abscondat a calore eius*². Tales son los sentimientos de toda la Iglesia, expresados en todo tiempo por el órgano de sus más afamados doctores. Oíd por todos al grandilocuente Crisóstomo que dice así: «¿Qué se ha hallado en tiempo alguno, ni qué puede hallarse más grande ó más ilustre que María? ¿qué hay más santo que ella? Ella sola sobrepuja en grandeza á tierra y cielo. No son más santos ni más grandes los profetas ni los apóstoles; no los mártires ni los patriarcas; no los ángeles, ni los tronos, ni las dominaciones, ni los querubines ni serafines: nada, en fin, de cuanto existe en la creación visible é invisible, es mayor ni más excelso que María.»³

10. No es solamente por este aspecto por donde merece apellidarse la divina María Sol de grandeza y hermosura. Atended, piadosos fieles, y vosotras especialmente, Hijas de María, que aspiráis á honrarla con la

¹ Cartagena, ubi supra. ² Ps. 18, 7.

³ In lect. Brev. in fest. B. M. V.

imitación de sus virtudes, atended á la idea que voy á presentaros por ser de aplicación muy provechosa para vuestras almas. ¿No os habéis fijado en que es el sol aquel reloj natural, admirablemente construído por el supremo artífice en esta república del universo con el objeto de servir, con la uniformidad de su curso, de regulador de las acciones humanas, para que todas se ejecuten á su debido tiempo? Pues ¿qué reloj más bien equilibrado que aquella Virgen admirable en quien no cupo un solo pensamiento ocioso, de cuyos labios no salió jamás una sola palabra superflua, cuyos movimientos de alma y cuerpo fueron el mismo orden y concierto? He aquí, pues, revelado el designio de Dios en esta espiritual república de la santa Iglesia; quiere que todos los hombres de cualquier estado, condición y sexo regulen y concierten su vida por la vida de María, como por un regulador perfectísimo; y por eso ha querido que se le tribute el elogio de *escogida como el sol*. Á vosotras en particular, Hijas amantísimas de tan santa Madre, se os ha dado esta Virgen por modelo, á fin de que, imitando sus virtudes, pureza, modestia y caridad, podáis también reflejar en vuestras almas la admirable hermosura de la suya. Á vosotras se dirige San Ambrosio cuando dice en el libro 2º de la Virginitad: «Tenéis retratada la pureza virginal en la imagen y vida de la Bienaventurada María, en quien, como en luciente espejo, brilla la belleza de la castidad y de toda virtud. De ella, pues, debéis tomar la norma y dechado de la vida; aprended en ese ejemplar de santidad lo que habéis de corregir y lo que debéis practicar.»¹

¹ Apud *Cartagena* l. c. lib. 2, hom. 3.

II. Este mismo maravilloso concierto de todas las potencias y sentidos de la Virgen, que forma su singular belleza, nos explica el significado de aquella, al parecer extraña, aclamación de los ángeles en el nacimiento de María: *Terrible como un ejército puesto en orden de batalla*¹. ¿Cómo? ¿María, la tierna y delicada niña, ha de ser terrible como un ejército erizado de brillantes armas? Nada extraño, hermanos míos; pues, como explica divinamente el Damasceno, «es terrible á los demonios, luce como escuadrón bien ordenado por sus virtudes, infunde espanto á los malignos espíritus, así como es el encanto de los ciudadanos del cielo»². Nada más aterrador para la noche y sus sombras pavorosas que la aparición del sol; nada más espantable al poder de las tinieblas infernales que la presencia de María; luego el ser *terribilis ut castrorum acies* no es más que la continuación del símil *electa ut sol*. Deduzcamos de aquí, amadísimos hermanos, cuánto horror infunde á los demonios la virtud que se escuda con la protección y el amparo de María; y lejos de temerlos, armados con ese escudo impenetrable pongamos en fuga vergonzosa á los eternos enemigos de nuestra salvación. Séanles singularmente terribles las piadosas Hijas de la Inmaculada Virgen, revestidas con el cándido ropaje de la virtud angélica, lanzando lejos de sí cuanto pueda empañarle en este mundo, en donde no se respira otro ambiente que el pestilencial de la sensualidad y la soberbia. Por tanto, concluiré exhortándoos con el citado San Juan Crisóstomo: Cuantas tenéis en alto aprecio el ser imitadoras de la purísima Virgen, acogeos á su poderoso patrocinio, con el cual lograréis, á pesar de

¹ Cant. 6, 9.

² *Damasc.*, ubi supra.

la guerra encarnizada del mundo, demonio y carne, conservar incólume la joya más hermosa de vuestra alma. Adornadas con ella, llegaréis á contemplar la belleza de María en la eterna bienaventuranza. Así sea.

PANEGÍRICO DE LA ANUNCIACIÓN DE MARÍA

(predicado en la fiesta de la Congregación de Jóvenes de Bogotá, marzo de 1896).

María, objeto adecuado del amor y la imitación de sus congregantes.

Ave, gratia plena. Luc. 1, 28.
In me gratia omnis.... Eccli. 24, 25.

1. Un grupo de jóvenes piadosos que frecuentan, en calidad de alumnos externos, las aulas del colegio de San Bartolomé, celebran hoy, llenos de ferviente júbilo, la instalación solemne de su congregación, ó sea de la sociedad que han formado para honrar con especial esmero á la Santísima Virgen María, Madre de Dios y de los hombres. Saben bien estos jóvenes, mejor tal vez que otros muchos adultos y ancianos¹, cuánto vale, desde los primeros pasos de la azarosa vida humana, acogerse á la alta protección de tan poderosa Señora y amorosa Madre, para afrontar los mil peligros de que habrá de verse erizada su carrera; á fin de arribar, después de heroica lucha con toda suerte de enemigos, disfrazados y descubiertos, al término feliz de la eterna salvación, que es el grande y único fin de la criatura racional. ¡Albricias á tan noble y discreta juventud! Gócese en hora buena con el éxito ya obtenido de la agregación de su naciente congregación

¹ Super senes intellexi... (Ps. 118, 100).

á la primaria de Roma, que le permite disfrutar de las innumerables gracias y beneficios espirituales otorgados por la Sede Apostólica á aquel riquísimo emporio de virtudes. Celebre con santo entusiasmo su establecimiento y fundación canónica en este día en que la Iglesia toda celebra aquel dichoso anuncio de la redención del mundo, traído á la Virgen de Nazaret por el celestial mensajero Gabriel. ¡Anuncio de felicidad sin medida! Dios se ha apiadado de la infeliz raza de Adán: el Hijo del Eterno va á descender á la tierra para rescatar al hombre de la muerte eterna: el Verbo va á revestirse de humana carne en el seno virginal de la más pura doncella: María va á ser hecha Madre de Dios y de los hombres.... ¡Qué nuevas tan portentosas y tan llenas de alegría! Hoy, después de casi diecinueve siglos, al recordar esa fecha eternamente memorable de la entrada del Verbo divino en la tierra, anunciada á María, el corazón del hombre palpita de esperanza, sus ojos se elevan al cielo y ven en la Virgen la estrella de salud que nos conduce á la gloria con sus clarísimos destellos. ¡Nosotros te saludamos, ¡oh María! como la estrella de los mares, Madre de Dios siempre Virgen y feliz puerta del cielo!¹

2. ¡Ah! ¿qué dirán, qué sentirán sus piadosos hijos, los nuevos congregantes? ¿qué sentirán al contemplar ese cuadro pintado por el Evangelista San Lucas, el historiador de la escena y del diálogo de la Anunciación? Ellos, estoy cierto, rebosarán de júbilo y se darán el parabién de haber escogido á la *Anunciada* por patrona especial de su congregación, porque en ella, tal como en este misterio la contemplan, verán el objeto

¹ Himno de la Iglesia: «Ave, maris stella».